

RONDA DE ANSIAS

POEMAS



SAMUEL MALDONADO SILVA

SAMUEL MALDONADO SILVA

Ronda
de
Ansias

PORTADA DE ANDRES SOLIS HERRERA

EDITORIAL ESFUERZO

1946

LINARES

Ronda de Ansias

PROLOGO

Samy Silva me ha pedido que lleve de la mano, ante el público, su reciente creación: un tomito de versos livianos y románticos, en que el autor escapa a la complejidad del arte combatiente, olor a pólvora, de nuestra época.

No obstante, porque asistimos a los balbuceos poéticos del novel artista provinciano, la obra de Samy tiene el encanto de todo lo nuevo, de lo que llega a la vida, como las primeras palabras o los primeros pasos del ser que nace... ¡Ah, si los orientadores sabihondos de nuestra juventud, si los criticones y el grueso del público lector, comprendieran el esfuerzo y la tragedia del intelectual sumido en las abandonadas provincias de nuestra incipiente República...!

Faltos de un ambiente literario cotidiano, personajes aislados en el medio pacato y hostiles a la estructura económica que les rodea, limitadas sus propias as-

piraciones al horizonte estrecho que les aprisiona, estos pioneros del arte, como el linarense Samy Silva, sueñan con el mar y sus gaviotas, con los bajeles y sus marineros ebrios, y hasta con un «país extraño de las maravillas», de donde una niña hecha luz de estrellas llegue a buscar su amargado corazón.

Hay quienes, vagabundos en el suelo patrio, sabemos que el mar, las gaviotas y los marineros, sus bajeles y sus noches de plata, no son tristes todos los días, pues una canción de vida se agita en nuestras costas; pero, el poeta de este libro, que tiene en su provincia la ausencia del horizonte, que está solo en las noches y no puede usar sus alas con ansias de viajero, presente que todas esas bellas cosas están tristes, muy tristes... ¡y son quiméricas!

Por eso, el verso de mi amigo, en su intrascendencia sutil, si se le mira subjetivamente hacia la fuente de su creación, encierra una filosofía mezcla de tristeza y de esperanza, de contemplativa vislumbre de la belleza y amarga decepción de su incorpórea presencia...

Samy fué amigo de aquel gran amigo, Carlos Sepúlveda Leyton. Formó grupo con Arturo Corvalán Maureira, cuya novela «Juana María» aparecerá en breve. Y en la noche de la «tertulia», saturada de tinta, del diario en que el poeta se transforma en periodista, fué bebiendo sus inquietudes artísticas. Muerto hoy el autor de «Hijuna», Samy le dedica una de sus poesías, en que, sin abandonar el trasunto de su percepción decepcionada del medio, lo define como «antorcha

ardiendo en un silencio obscuro». Creo que Carlos Sepúlveda habría aprobado, con su suave humor irónico, la expresión del poeta.

Invocando, pues, su autorizado testimonio, y perdiendo comprensión para la obra nueva de los olvidados rincones de nuestro suelo, presento —en nombre del poeta— ante el simple lector como ante el crítico, el esfuerzo literario de Samuel Maldonado Silva, a quien llamamos Samy y cuyo nombre de letras suele ser Samy Silva.

Como él, en nuestro grupo, sentimos en este valle la nostalgia del tiempo que pasa, llevando en pos de sí los girones de la Esperanza, de acuerdo con su «Letanía de las horas»:

«Pasan lentas las horas
como viejos bajeles con su velas rotas,
con sus cargas de tiempo y visiones remotas.

Pasan lentas, muy lentas,
llevando en sus viejas arterias de tiempo,
la sangre angustiosa de las decepciones.»

LUCIO DEL VALLE (Guillermo Gruss Mayer)

MABEL QUE TIENE CORAZON DE PEÑASCO

«Tengo el corazón más duro que un peñasco,
como un peñasco donde ni el musgo crece.
Entregarte mi existencia a veces quiero
para que tu me recibas toda entera...
pero tengo el corazón como un peñasco.

Me podrías recibir como la noche
recibe la claridad de las estrellas
si yo llegara hasta ti gimiendo sola
o amorosa en tus brazos me volcara...
pero ni el musgo en mi corazón se agita.

Mis lágrimas son del pedernal la chispa
y mi risa es el vibrar de doce piedras,
para nacer el gemir de mis palabras
el viento grabó sus sonos en la roca
y en un recodo hizo restallar sus flautas.

Yo me podría vestir de azul entera
para esperar que llegaras como a un cielo.
Una eternidad en tus ojos viviría
para adueñarme de todas tus miradas...
pero tengo el corazón como un peñasco».

Marinero . . .

Viejo marinero,
mientras desenvuelve el viento
su madeja sonora
y veinte rumores sencillos
ondulan en las jarcias,
fumemos en la pipa
de nuestras nostalgias...

Y, mientras va rumbeando el viento
y un par de pájaros marinos
enreda en el mástil
su canción de ausencias,
volvamos las pupilas
del recuerdo
y colguemos en el viento
la tristeza...

Viejo marinero,
¿no es verdad
que en un puerto

un día
echaste tus anclas de vieja alegría
y ahora tus rutas
no ensortijan amores .. ?

¡Pobre Don Quijote del Mar .. !

Los velámenes blancos
de tu barco olvidado
del mundo.

Las jarcias caídas
en las quillas ya rotas.

La comparsa de estrellas
en tus noches marinas.

El tedio de las velas
que están ya cansadas
de orillar el cielo .. !

¿En qué puerto
dejaste tu alegría,
poeta-marinero .. ?

Ensueño

Oyes, como gritan
en la botella azul del tiempo,
las voces inquietas de los filibusteros..?
Oyes la sinfonía marina calentando,
como una antorcha, el cerebro angustiado
de los días..? No la oyes..?

Yo que estoy triste,
perdido en la cima de los días amargos,
ebrio de luces y palabras ciegas.
escucho la amalgama de voces lejanas.

Y desfilan ante mis pupilas
las palabras recias en los bergantines,
los pañuelos rojos anudando sienes,
los puñales corvos de los abordajes,
mientras que en las jarcias
se levanta un canto de filibusteros...

No oyes la sinfonía
junto al cristal de tu cerebro . . ?

Giran los piratas sobre sus navíos
esgrimiendo ebrios un puñal de muerte,
mientras que en el aire es rumba
el canto de vidrio de la tripulación
Viene del agua oceánica — sal y cristal verde—
un olor a cuerpo de sirenas...
La fruta madura de la noche
muerden los dientes de la estrella austral...

¡Cómo teje un arabesco de humo azul
la cachimba del pirata Dorián Ley...!
¡Sobre el puente, la medalla de la noche,
como cae silenciosa...!

¿No oyes la sinfonía
junto al cristal de tu cerebro, hermano...?

La flor en el agua

Sobre el cristal del arroyo
la flor venía bailando
entre peñascos y sol.

Y el viento que la traía
ceñida de la cintura
la hacía girar demente;
y un carrousel parecía
la flor de guindo en en el agua...

La flor estaba jugando
sobre un columpio del árbol
y el viento sur que venía
llegando quiso bailar
con ella sobre el arroyo...
y a la flor blanca del guindo
su primer baile pidió.. !

Y mientras sus quince sonos
el agua estaba sonando,
la flor seguía danzando
tras la comparsa del sol
y en el cristal del arroyo...

Poema

«Mi príncipe —decías— eres tu...»
mientras la tarde azul
iba cogiendo,
de uno en uno,
los hilos del silencio.

«Mi príncipe —decías— eres tu...»

Y la hojarasca
que el viento
hacía gemir en el otoño
era una música que iba
extendiendo hacia la noche
sus rumores.

«Princesa —te decía— eres mia...»

Y era suave
la cadencia
de los ruidos
que azotaban
la nada del ocaso.

«Princesa siempre mía... siempre mía...»

Ceroa de la fuente
se alzaría un palacio
y sobre las colinas
la lluvia azotaría
pastizales.

«Princesa siempre mía... siempre mía...»

Y en la quietud nocturna
la luna lanzaría
cien destellos
bruñendo
el almenaje
del castillo.

«Princesa siempre mía... los dos nos amaríamos...»

Niña-novia

La niña toda de blanco,
vestida de novia está;
hay quince encajes cantando
en cada paso que da.

Ay, que la niña es un nardo
hincada frente al altar;
ella, la niña, sonríe
como si fuera a llorar

El caracol de su encaje
parece que va a estallar;
ay que la niña no llora
aunque quisiera llorar.

Prendida de su corpiño
trae una flor de cristal;
y ante sus ojos se pone
el candelabro a temblar.

Un jeroglífico estalla
en medio de su mirar;
¿qué pensará la niña
hincada frente al altar...?

Karammanech

Yo te amaba, Karammanech,
porque tenías el ritmo de las tardes campesinas,
la ondulación cristalina de los arroyos
y en tu cuerpo gemía la música de las cascadas...

¡Ah, Karammanech,
por ningún alma cambiaría
tu alma de música...!

Recuerdo el extraño sortilegio de aquel crepúsculo
envuelto en bufandas rojas,
perfumado con sabor de campos
y acompañado con arpas de ruiseñores.

Y yo murmurando a tu oído:

—«Si el destino nos separa, Karammanech,
¿qué será de nuestras dos almas?»

Tu volviste al cielo los luceros azules
y dijiste:

—«Si el destino nos separa,
nuestras almas se quedarán besando
en la distancia...»

Después el destino
nos quebró el sendero que deberíamos seguir...
Y eternamente solo me he quedado enhebrando
el hilo de las añoranzas...

Con los brazos abiertos como todas las cruces

he quedado apuntalando el tedio
de las vagas distancias.
Y tus luceros azules locamente girando
sobre el dorso triste de mi angustia
estremece el oráculo de todos mis días.

¡Ah, niña,
cuántas pirámides de cansancio
pesan sobre mis días de luto...!
Rueda en mi soledad un río de llanto
y gime en mis arterias un caudal de años...!

¡Ah, mi niña,
tu recuerdo es como un cilicio
que llevo muy hundido en mis carnes
y cada vez me aprieta y me duele!

¡Ah, el extraño sortilegio de nuestros días amable
diluendo tu imagen en el iris de mi soledad...!

Y el humo de las distancias
rubricando una ronda de ansias
sobre la cruz de mi angustia.

A la sombra de esta nueva sementera de tristezas
me he quedado juntando las espigas
de tu imagen
para hacer una gavilla
grávida de recuerdos...!

Ah, Karammanech,
por ningún alma cambiaría
tu alma de música...!

Ojos míos . . .

Ojos míos ambulantes
girando sobre tu cuerpo,
como giran las montañas,
mirando el vientre del cielo...

Ojos míos que te miran,
que te adoran y te dejan.
Ojos míos que contemplan
con demencia,
los cabellos amarillos
de tu curva sementera.

Ojos míos detenidos
en las curvas olorosas
de tus pechos pequeñitos
como botones de rosas...

Ojos míos detenidos,
silenciosos y ambulantes
en la cima de tu carne...

Retrato

(A Carlos Sepúlveda Leyton)

Era antorcha ardiendo
en un silencio obscuro
y era un temblar de océanos
la crepitud de sus palabras.

Sonaba en el cordaje de todas sus ideas
la esperanza y un gritar
de pájaros celestes parecía
la sonora canción de su existencia.

Tatuada de coraje,
la sangre de sus venas
huía por su cuerpo
y un santuario de odiseas
semejaba
la blanca excelsitud de sus palabras.

Había en sus manos inquietud vibrante
de recias alboradas,

un movimiento de espigas reposadas
y un filón de frases en los dedos.

Y había en sus pupilas
ardiendo venturosas llamas.
En su corazón había un nardo
que a veces a marchitarse iba...

Y ahora, amigos,
el mármol blanco y puro,
la tierra gris y el tiempo alucinado.
La inmensidad de estos días terrenos,
la silueta de los blancos relojes
y un solemne coro de voces celestes.
La santidad de las palabras nuevas
y un ruido de blancas palomas
sobre cien cruces albas...

Poema triste

El viento... El viento
izando sus banderas blancas
en el mástil azul del cielo...

Doce gaviotas tristes
ondulando en el aire frío.
La tarde anclando su velero
infinitamente lejano.
Notas bohemias de la lluvia,
emigradoras de las nubes,
girando tristes en la tarde.
Bufanda de los vientos recios
abrigando el paisaje enorme.
Gime su canción de lloviznas
el crepúsculo arrodillado
y columbran su viejo ritmo
las siete campanas del puerto...

El viento... El viento
izando sus banderas blancas
en el mástil azul del cielo...

Imagen marina de Karamanech

En el navío azul de los crepúsculos
soy el tripulante de mi amplio delirio...

¡Karammanech! tus ojos oceánicos
dibujados en el mapa de mis ansias,
son dos brújulas indicando naufragios.
Y la espuma serena de tu música
—murmullo fino de mar de caracoles—
suelta en mis oídos una red de cantos
y se allega al velamen de mis recuerdos.

¡Ah, niña, por la playa de tus caderas,
igual que marineros ebrios, caminan
mis ojos cansados de algas y sirenas...!

Entre la febrilidad de mis dos manos,
como peces se va escurriendo la amarra
de la emoción y canciones submarinas
que se enreda en tu espuma de cabellera.
Sobre la barandilla de tu silueta
mi corazón de filibustero entona
su antigua canción corsaria de abordaje.
Y en la amplitud carcomida de las quillas
el humo de mi pipa se distiende
y dibuja ante mis ojos su naípe
de figuras, de mástiles y cruceros...

¡Ah, Karammanech, en el mar de tu imagen
—geografía de océanos impávidos—
he levado las anclas de mi navío,
empezando a ondular mi vieja añoranza,
como los albos pañuelos en el muelle,
cuando los barcos se van con los marinos...!

¡Ah, Karammanech, como en un remolino,
ha caído la red de mis ansias leves
y ha quedado girando infinitamente
en el cóncave angustioso de sus aguas.
Entre la amplitud de coral de tus carnes,
como pájaros marinos, bambolean
sus dos alas mis delirios serenados...!

Y mientras columbro mis voces corsarias
sobre la cubierta de los crepúsculos.
como el ritmo sencillo de las mareas,
tu imagen de mar se me enhebra en la mente...

Letanía de las horas

Pasan lentas las horas
como viejos bajeles con sus velas rotas,
con sus cargas de tiempo y visiones remotas.

Pasan lentas, muy lentas,
llevando en sus viejas arterias de tiempo
la sangre angustiosa de las decepciones.

Llevando frio y tedio
en sus alas cargadas de hastío y pesares;
llevando en sus números palabras de angustia.

Pero aun son más lentas
cuando el llanto del cielo se quiebra en la tierra
y entonces se a'argan como noches de insomnio...

De las estrellas vienes, niña . . .

De la legión de la sonrisa vienes, niña,
con cien luceros rutilantes
prendidos en tu traje.

Gimen los sones de tu corazón de niña
y entre tus cabellos gimen
los nardos y las azucenas.

¡De la legión de las estrellas vienes, niña...!

Como las espigas que se comban alegres
al paso de los vientos ebrios y olorosos,
así cimbras tu cuerpo.
Los cálidos matices de la aurora
y la frescura de los manantiales de plata
balbucen en tu rostro
y entre tu corpiño vibran,
como jeroglíficos de antiguas porcelanas,
dos misterios.

Del país extraño de las maravillas
vienes llegando, niña...!

La tarde ha cogido veinte signos astrales
para ungirte la veste de albor y de luces;
oh, niña,
celestes canción en los labios del viento,
por tí tañen alegres las campanas del cielo...

De la legión bendita del silencio traes
la esencia sutil de las magnolias...!

Los paisajes esquivos hoy se visten de fiesta
y se ufanan los prados con luz de esperanza,
cien corolas azules columbran los huertos
y en el aire se cuelgan
los jazmines y mentas...

Del paraíso azul de los ensueños
vienes llegando, niña,
con un cortejo de nieblas...!

Mensajera de arcángeles,
sinfonía estelar
sobre el amplio sendero
de los días terrenos
tu gracia derrama cien caudales sonoros.

En el sonriente país de las melodías
has nacido, niña...!

Album nocturnal

En el último pedacito que blanquea el día
ha comenzado su canto un pedazo de noche.

Un coro de luces equilibria las estrellas
y en el mar del cielo navega la luna llena.

En crescendo de luces se duerme la ciudad
y en ruido de ébano trenza el viento su canción.

La noche sintoniza su madrigal de luces
mientras su silencio gira la montaña enorme.

Espirales de sueños cuelgan en las pupilas
y el eco de las luces se duerme en un rincón.

Unas nubes se roban un pedazo de luna
y un eco de besos se columpia en los balcones.

Tomando de las bridas al corcel de la noche
su jinete cabalga la balumba de hastío...

El poema de tus manos

Esta tarde
cogeré tus deliciosas manos suaves
con la suave sencillez con que se coge
la magnífica violeta de los huertos.

Uniré
mi silencio a la pureza de tus dedos
y como extrañas sortijas indelebles
prenderé el toque infinito de mis besos.

Esta tarde
cogeré tus deliciosas manos suaves...

Tu estarás
embriagada con las luces de la tarde
y en la inquietante actitud de tus dos manos
sentiré en mi cielo un vuelo de palomas.

Yo estaré
apoyado en el recuerdo de otros días
con mi corazón vibrando de campanas
y puliendo mis pupilas con tus manos.

Tu dirás
que la tarde empezó a florecer zafiros
y que tu corazón resplandece y crece
como la esperanza que en mis sienes arde.

Yo diré
que a través de tus pupilas voy viajando
hacia un valle melodioso de silencios
donde mis dedos están cogiendo lirios.

Esta tarde
cogeré tus deliciosas manos suaves...

A través
de tus manos sentiré infinitas ansias
de dormirme en la quietud de tu ternura,
mientras mis labios naufragan en los tuyos.

Estaremos
los dos de amor vibrando en la penumbra.
Será tu pecho una lámpara encendida
para mirar en las páginas de mi alma.

Esta tarde
cogeré tus deliciosas manos suaves...

La sangre y el sollozo

Quietud quebrada, derrumbada.
Fiera cicatriz en lucha.
Romance de juguetes sin sonido,
roce deshecho en un sollozo cruel.

Junto al mártir la sangre y el sollozo;
frente al día amargo
una paz herida, abierta y sola.
Sobre la sangre hirviente
un hemisferio de sollozos
y en la azul vorágine
un lapidario de polícromas palabras...

Eran hermanos la sangre y el sollozo.
Una tea fustigando sombras
era el sollozo. Y era la sangre
un sonido de inquietud vibrante
en torno de los sonos muertos
y deshechos.

Canción de jacintos azules
y coro de glaucas palabras.
Conmovida suspensión de silencios,
similitud redonda y deslucida,
tiempo en derrota junto al alba,
miríade de crepúsculos en fuga.

Sollozo y sangre
sobre edificios de cristales huecos.
Sangre y sollozo en el vientre de los días.

¿Qué leño duro, qué agonizante ruido
propaló el reloj del tiempo...?

¡Ah! Era la sangre y el sollozo
sobre un gris edificio de silencio...!

Cuando . . .

Cuando mi alma ya triste se arrodille ante el ara
de la absorta y antigua latitud de añoranzas.
Cuando mis dedos febriles se estiren cansados
queriéndose enredar en el trapecio de los días...

Cuando mis labios frios se crispen de silencios
y se enjoe mi cuerpo de azucenas y nardos.
Cuando el lomo del mundo se irise de canciones;
cuando el cuerpo del alba se ensortije de luces...

Cuando mi voz sea silencio en el hemisferio
y la música de los crepúsculos se aquiete,
entonces, mi recuerdo columpiará tu imagen
en el trapecio alegre de mis días celestes.

Entonces seguiré amándote y adentrándome
en tu fragante y fino corazón de violeta.
Y mientras que las horas eternicen su viaje
ceñiré tu recuerdo a mi tristeza madura.

Cuando trine en la tarde, místicamente solo,
el viento perfumado de magnolias y mentas,
ensortija tu mente con los lirios más blancos
y enamora la brisa con tu voz de jilguero.

Yo estaré en todos los crepúsculos estirando
mis brazos floridos de esperanzas y caricias,
buscando en tu huerto de canciones y ofrenda
los pétalos fragantes de tu nombre y ternura

Cuando mi alma ya triste se arroçille ante el ara
de la absorta y antigua latitud de añoranzas;
entonces, recuérdame en los silencios astrales,
en tu amplitud tan alegre, en todo y en todo...

Catedral de Silencios

Ahora que han cesado el vibrar las mandolinas
del crepúsculo y se dobla la vida en un rezo
de sombras, entraré en este instante a orar, absorto,
a la catedral de los silencios de esta noche.

Hoy me arrodillaré en las gradas de la angustia
y empezaré a decir los salmos y letanías
que cantan los ruidos en el coro del paisaje.
Y rezaré en el breviario de mi soledad...!

¡Ah, vieja catedral de silencios de la noche,
en tus naves tan largas y antiguas como todas
las catedrales del mundo, yo comulgaré
ahora, las hostias de luces de las estrellas.

Y oiré el sermón de los sacerdotes nocturnos
dictado desde el pùlpito del cie'lo sereno
y sobre el altar de la virgen-luna pondré
mi sencilla dádiva de palabras inquietas.

Giraré mi ruego al altar de la Cruz del Sur.
para que enjoe con su luz, en todas las sendas,
a los extraños peregrinos que ya han partido
a decir su «miserere» en esta catedral.

¡Ah! feligreses, venid a doblar las rodillas
que el crepúsculo hizo sonar la última seña
de esta misa santa en el campanario del tiempo
con las notas místicas de su arrebol y sombras!

Mientras en la virtud absorta de este altar.
yo desgarré mi canción de lágrimas tristes
por la mujer distante, enmendadora de adioses
y vertida sobre los prados del campo-santo.

Y el caliz que recoja mi ofertorio de ensueños
y la hoz que me segue las espigas de angustia
y la pródiga imagen de esa mujer distante
han de ser perfumadas con incienso de luces

Y que el divino sacramento de mis ansias
se irise en la música de mi canción esquiva
y se distienda sobre todos los capiteles
que apuntalan el ara de estas gradas nocturnas.

¡Ah, vieja catedral de silencios de esta noche,
que la luz votiva que alumbra el tabernáculo
de las hostias cálidas de tu consuelo y sombras
alumbra el alma enferma de todos los que sufren...!

.....

¡Ah, feligreses hermanos, doblad las rodillas,
en una genuflexión ante el altar del cielo
que llegó el «ite missa est» de esta ceremonia...
y empecemos a salir por la puerta del alba...!

Himno

(Primer Premio Concurso Himno al Instituto Linares)

¡Gloria a ti.
oh, serena expresión del pensamiento
donde se yerguen llamas venturosas;
donde la vida es colmenar sonriente
y nacen a la aurora esplendorosa
de la vida magníficas ofrendas...!

En tus aulas
la existencia se trueca en primavera,
esculpiéndose en bronce va la idea,
y a la cima celeste transitando,
refulgendo en lo obscuro cual la tea,
el corazón henchido de esperanzas.

Gloria a tí,
oh sementera de sonriente giro
donde agitan gavillas temblorosas;
tu cuerpo es un enjambre de emociones
y un eterno latir de mariposas
la juventud que vibra en tus solares.

Eres nervio,
eres canto, eres frase constelada
en la amplia admonición de las campanas;
eres racha perenne de optimismo,
eres vuelco prendido en las mañanas
de los suaves fervores celestiales.

Lumbre y luz
se plasma en tu altiva inquietud vibrante,
y estallidos de frases vas marcando
en la excelsa balumba de tus años,
cual la frágil paloma va cruzando,
con sus alas volando hacia la altura.

¡Gloria a ti,
hoy que heraldos magníficos pregonan
¡oh solemne latido de expresiones!
la palabra estridente de tus lustros
y se yergue cual lampo de ilusiones
el rumbo victorioso de tu historia...!

Eres como el alba ...

Te he soñado sencilla,
como el frágil brillo de las estrellas
y como el agua que en las fuentes canta.

Te he soñado sencilla,
sin gestos de reproches en tus labios,
sin puñales de angustia para herirme...!
Te he soñado de azul en la ventana,
esperando entre nardos y jazmines,
para que vibre mi esperanza y cante.

Para mi forma extraña de quererte,
soñé tu suavidad de terciopelo
y suavidad de lunas has tenido.

¡Por nada cambiaría tu ternura
que en cada gesto tuyo está temblando
lo mismo que los pétalos del lirio...!
Con un gesto de ausencia en tus pupilas,
como en el mismo instante en que te ví.
estás mi corazón divinizando!

Te he soñado sencilla,
como el frágil brillo de las estrellas
y como el agua que en las fuentes canta...!

Te he soñado sencilla
y eres como alba que silente nace
para endulzar con su tibieza el día...!
¡Para adorar tu sencillez de nardo
y sentir como siempre te he soñado,
te buscaré en las tardes de mi angustia...!

INDICE

	<u>PÁG.</u>
Prólogo	7
Mabel que tiene corazón de peñasco	13
Marinero	17
Ensueño	21
La flor en el agua	25
Poema	29
Niña-novia	33
Karammanech	37
Ojos míos	41
Retrato	45
Poema triste	49
Imagen marina de Karammanech	53
Letanía de las horas	57
De las estrellas, vienes, niña	61
Album nocturnal	65
El poema de tus manos	69
La sangre y el sollozo	73
Cuando	77
Catedral de silencios	81
Himno	87
Ères como el alba	91

Es propiedad Inscripción N.º 459

**Esta obra fué impresa en la
Editorial "ESFUERZO", M.
Rodríguez 371 Linares, (Chile).
Se terminó de imprimir el 2 de
Noviembre de 1946.—**